

Dos Valijas, Guardan los Ultimos Recuerdos del Escritor Nativista

YA se ha dicho muchas veces, que la suerte de los uruguayos que más se han distinguido en los campos de las artes y de las letras, les ha sido a menudo veloz y esquiva, y que casi todos ellos han tenido como premio a sus nobles esfuerzos la pobreza o la miseria.

Nuestros recuerdos de la vida de Javier de Viana, en la época de su exilio en Montevideo, se encuentran en uno de estos casos.

En La Paz

Estamos en La Paz, una villa pequeña y pintoresca que no desmiente la sugestión de su nombre. Después de atravesar la estación ferroviaria y siguiendo una calle paralela a la vía férrea, nos encontramos de pronto en medio de un paraje encantador, donde co-

Las primeras huertas respaldadas sobre el cerro de la derecha, se alza una casa vasta y de líneas elegantes, a la que la falta de revoco dá a sus frentes cierta vetustez.

Este fué el último refugio de Javier de Viana, cuando siempre se instalaba en su departamento de Montevideo.

Los pocos muebles que se iban reuniendo en su departamento de Montevideo, como siempre las cosas que el destino le dejaba, se fueron acumulando en La Paz. Aquí el gran escritor nativista reunió aquel día, cuando —después de haber salido del pueblo y algunos días de camino— sus muebles, sus últimos libros y sus cosas más queridas.

La casa estaba habitada por extraños. Un día de la mañana de lo suyo hay que dejar el departamento y entrar por otro más humilde que el anterior a su lado. Un caminito sembrado de rosas y levanta desde allí a un terreno contiguo que pertenece también hasta el fondo de la casa.

Seguiéndolo nos encontramos frente a un humill-rancho, mitad de pueblo mitad de campaña.

Todo él es pobreza, por no decir miseria, pero renunciamentos ni abandonos.

En otro tiempo Javier de Viana tenía aquí la alquería de su pequeña huerta. La mayor parte de los arbolillos que se levantan en torno rodeados de plantas florecidas, fueron plantados por sus manos.

Doña Deolinda de Viana

Hoy tras las débiles paredes de adobe de este departamento, que se levanta frente a incógnitas privaciones, se encuentra una de las últimas vestidas de un legítimo y querido amigo de la familia de Viana, compañera de gran vida y de gran memoria. Ella, cuando se trata de vivir en aquel mundo mucho mejor de sus tiempos.

Doña Deolinda de Viana es una viejecita simpática, de conversación muy agradable y gran memoria, que puede contarnos con gran precisión y gusto muchas cosas de gentes que fueron sus amigos y que hoy continúan en el mejor rincón de nuestra sociedad, o han pasado del esplendor a la última sombra.

Ahora se mueve con dificultad pues poco tiempo ha, la fractura de una pierna vino a aumentar el peso de sus trabajos, ya que aquí en su casita humilde todo ha de ser hecho por ella y aún ha de ganarse alguna pequeña suma para unir a su pensión a la vejez...

Encontrada en la puerta estrecha y baja nos recibe como a viejos amigos.

—¡Cuánto tiempo sin llegar por aquí! Ya pensaba yo que era Vd. lo mismo que los otros. A nadie le alegra visitar a los pobres y sobre todo la charla de una vieja como yo. Pero no se ponga serio, yo ya hace mucho tiempo que aprendí a perdonar...

Ya en la mezquina habitación que sirve a la vez de sala y dormitorio, la anciana continúa reprochándonos sus cosas.

—¡Vivamos que decirle. Solo sentimos el placer de hacerle compañía.

—Vivo tan huraña a veces —nos dice— No es posible que una pueda vivir sin amigos y sin hablar de tantas cosas...



JAVIER de VIANA

MARECHA - Año I - N.º 21
11 x 11 / 1939

En un Ranchito Vive la Que Fué Su Compañera

titulos y luego trozos de un escritor consagrado.

Hay un envoltorio cuidadosamente hecho. De él exhuma dos diplomas, uno de la Academia Española de Letras de Río de Janeiro, otro de la Real Academia Española.

—Pobre mi hermano, era todavía joven cuando recibió estos trofeos, ahora apenas puedo resguardarlos de los ratones. Para alguna cosa todavía sirve esta vieja...

Después encontramos un cuadernillo de muchas hojas amarillentas que ella toma con gran cuidado, los "pergaminos" de la familia, una copia de su

Los nombres de la casa de los Viana se distinguen en España desde los tiempos de los primeros conquistadores, fueron caballeros valientes y cristianos. Sucediéndose desde su lugar de Alava contribuyeron en todo tiempo, no poco a la grandeza de España.

El primero de ellos que llegó a la América, Don José Joaquín de Viana "mariscal de los reales ejércitos", venía con las cruces de Calatrava y de Carlos III. Fué gobernador de Montevideo desde el 1751 al 64. Esta anciana es uno de sus últimos descendientes por rama directa.



VIVE EN LA Miseria

Los Unicos Recuerdos Materiales de Javier

Poco a poco, como siempre, la conversación recayó sobre Javier. Nosotros sabemos que este desventurado escritor fué suyo y que él, y dos maletas de cuero que descansan en un rincón, son los únicos recuerdos materiales que del escritor conservan sus familiares.

En nuestra visita anterior, doña Deolinda nos prometió mostrarnos el tesoro que encierra en estas maletas, hoy diligente lo hace sin que se lo recordemos.

Así, de sus arrugadas panzas de cuero, van saliendo y alineándose sobre la mesa montones de papeles amarillentos, recortes de periódicos, sobres y fotografías.

Son cartas del Javier estudiante, universitario, escritor, periodista y revolucionario, de épocas muy diversas. Unas fueron escritas en la mesa de la pensión, otras en la de una taberna, algunas sobre el recado del soldado.

—Esta es de Treinta y Tres cuando redactaba allí "La Verdad". Mira ahora una fotografía de aquel tiempo... ¡Qué buen mozo!... Han pasado desde entonces más de cuarenta años...

Los recortes son ensayos literarios, críticas, ar-

Otros Recuerdos

Poco a poco la penumbra cae sobre el pueblo que se defiende con sus menguadas luces. Las valijas se llenan de nuevo y salimos al jardincito donde hay una lámpara de petróleo. En el momento, una lamparilla de petróleo oscila desde un rincón su lengua de luz humeante.

Al encenderla la anciana exclama: —¡Qué le hemos de hacer! me quedé sin aceite...

—¡Qué le hemos de hacer! me quedé sin aceite... mortifica porque no puedo trabajar bien de noche.

En el jardín nos muestra sus buenas plantas y las flores, los árboles que plantó su mano.

—Ella y mi gato —Vd. no se ría— son mi único consuelo después de mi sobrino Gastón. Yo como mi hermano quiero mucho a los gatos. El los amaba más que a los perros pues admiraba su individualismo fiero y activo...

Pero mire Vd., aquí bajo este árbol se sentaba Javier en sus últimos meses. Miraba ese arroyo tan bonito y tan lleno de paz y tosía y tosía... Un día no pudo venir más...

Después de regalarnos algunas flores nos acompañó trabajosamente hasta la calle.

Allí le pedimos permiso para publicar estas impresiones.

—Hágalo Vd. y diga también toda la verdad. Puede ser que así algún amigo de aquellos tiempos se entere de que seguimos viviendo, y de que todavía no he olvidado a Javier... Adiós, y vuelva Vd. pronto!

Y la anciana desaparece arrastrando su pierna dolorosamente, sobre el rojo balastro. Tendrá que hacer algunas copias a la luz de la luz oscilante de la humeante lamparilla.

JUAN CARLOS...